

SOLÓRZANO.

Para que entienda vuesa merced que la codicia rompe el saco. ¿Tan presto se desconfió de mi palabra que quiso vuesa merced curarse en salud y salir al lobo al camino, como la gansa de Cantipalos? Señora Cristina, señora Cristina, lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su dueño. Venga mi cadena verdadera y tómese vuesa merced su falsa, que no ha de haber conmigo transformaciones de Ovidio en tan pequeño espacio. ¡Oh, hi de puta; y qué bien que la amoldaron y qué presto!

CRISTINA.

¿Qué dice vuesa merced, señor mío, que no le entiendo?

SOLÓRZANO.

Digo que no es esta la cadena que yo dejé á vuesa merced, aunque le parece; que esta es de alquimia y la otra es de oro de á veinte y dos quilates.

BRÍGIDA.

En mi ánima, que así lo dijo el vecino que es platero.

CRISTINA.

¡Aun el diablo sería eso!

SOLÓRZANO.

El diablo ó la diablo. Mi cadena venga y dejémonos de voces; y excúsenme juramentos y maldiciones.

CRISTINA.

El diablo me lleve, lo cual querría que no me llevase, si no es esa la cadena que vuesa merced me dejó, y que no he tenido otra en mis manos. ¡Justicia de Dios, si tal testimonio se me levantara!

SOLÓRZANO.

Que no hay para qué dar gritos; y más estando ahí el señor corregidor que guarda su derecho á cada uno.

CRISTINA.

Si á las manos del corregidor llega este negocio, yo me doy por condenada; que tiene de mí tan mal concepto, que ha de tener mi verdad por mentira, y mi virtud por vicio. Señor mío, si yo he tenido otra cadena en mis manos sino aquesta, de cáncer las vea yo comidas.

Entra un ALGUACIL.

ALGUACIL.

¿Qué voces son estas, qué gritos, qué lágrimas y qué maldiciones?

SOLÓRZANO.

Vuesa merced, señor alguacil, ha venido aquí como de molde. A esta señora del rumbo sevillano le empuñé una cadena habrá una hora en diez ducados, para cierto efecto; vuelvo agora á desempeñarla, y en lugar de una que le dí que pesaba ciento y cincuenta ducados de oro de veinte y dos quilates, me vuel-

ve esta de alquimia que no vale dos ducados; y quiere poner mi justicia á la venta de la zarza á voces y á gritos, sabiendo que será testigo desta verdad esta misma señora, ante quien ha pasado todo.

BRÍGIDA.

¡Y cómo si ha pasado y aun repasado! Y en Dios y en mi ánima que estoy por decir que este señor tiene razón, aunque no puedo imaginar dónde se puede haber hecho el truco, porque la cadena no ha salido de aquesta sala.

SOLÓRZANO.

La merced que el señor alguacil me ha de hacer, es llevar á la señora al corregidor, que allá nos averiguaremos.

CRISTINA.

Otra vez torno á decir que si ante el corregidor me lleva, me doy por condenada.

BRÍGIDA.

Sí, porque no está ¹ bien con sus huesos.

CRISTINA.

Desta vez me ahorco, desta vez me desespero, desta vez me chupan brujas.

SOLÓRZANO.

Ahora bien, yo quiero hacer una cosa por vuesa merced, señora Cristina, siquiera porque no la chupen brujas ó por lo menos se ahorque; esta cadena se parece mucho á la fina del vizcaíno; él es mentecapto y algo borrachuelo; yo se la quiero llevar y darle á entender que es la suya; y vuesa merced contente aquí al señor alguacil y gaste la cena desta noche, y sosiegue su espíritu, pues la pérdida no es mucha.

CRISTINA.

Págueselo á vuesa merced todo el cielo. Al señor alguacil daré media docena de escudos; y en la cena gastaré uno, y quedaré por esclava perpetua del señor Solórzano.

BRÍGIDA.

Y yo me haré rajas bailando en la fiesta.

ALGUACIL.

Vuesa merced ha hecho como liberal y buen caballero, cuyo oficio ha de ser servir á las mujeres.

SOLÓRZANO.

Vengan los diez escudos que dí demasiados.

CRISTINA.

Helos aquí, y más los seis para el señor alguacil.

Entran dos MÚSICOS y QUIÑONES el vizcaíno.

MÚSICOS.

Todo lo hemos oído y aquí estamos.

QUIÑONES.

Ahora sí que puedo decir á mi señora Cristina: ¡Mamóla una y cien mil veces!

¹ Estoy en la ed. 1.^a

BRÍGIDA.

¿Han visto qué claro que habla el vizcaíno?

QUIÑONES.

Nunca hablo yo turbio, sino es cuando quiero.

CRISTINA.

Que me maten si no me la han dado á tragarse estos bellacos.

QUIÑONES.

Señores músicos, el romance que les dí y que saben, ¿para qué se hizo?

MÚSICOS.

La mujer más avisada,
ó sabe poco ó no nada.
La mujer que más presume
de cortar como navaja
los vocablos repulgados,
entre las godeñas pláticas;
la que sabe de memoria
á Lofraso y á Diana
y al Caballero del Febo,
con Olivante de Laura,
la que seis veces al mes
al gran Don Quijote pasa,
aunque más sepa de aquesto,
ó sabe poco ó no nada.
La que se fía en su ingenio,
lento de fingidas trazas,
fundadas en interés
y en voluntades tiranas.
La que no sabe guardarse,
cual dicen, del agua mansa
y se arroja á las corrientes
que ligeramente pasan;
la que piensa que ella sola
es el colmo de la nata,
en esto del trato alegre,
ó sabe poco ó no nada.

CRISTINA.

Ahora bien, yo quedo burlada, y con todo esto convidado á vuestas mercedes para esta noche.

QUIÑONES.

Aceptamos el convite, y todo saldrá en la colada.

6

VI. — Entremés del Retablo de las Maravillas.

Salen CHANFALLA y la CHIRINOS.

CHANFALLA.

No se te pasen de la memoria, Chirinos, mis advertimientos, principalmente los que te he dado para este nuevo embuste, que ha de salir tan á luz, como el pasado del llovista ¹.

¹ No se conoce la obra á que alude.

CHIRINOS.

Chanfalla ilustre, lo que en mí fuere, tenlo como de molde; que tanta memoria tengo, como entendimiento, á quien se junta una voluntad de acertar á satisfacerte, que excede á las demás potencias; pero dime, ¿de qué sirve este Rabelín que hemos tomado? ¿Nosotros dos solos no pudiéramos salir con esta empresa?

CHANFALLA.

Habíamole menester, como el pan de la boca, para tocar en los espacios que tardaren en salir las figuras del retablo de las maravillas.

CHIRINOS.

Maravilla será si no nos apedrean por sólo el Rabelín; porque tan desventurada criatura no la he visto en todos los días de mi vida.

Entra el RABELÍN.

RABELÍN.

¿Hase de hacer algo en este pueblo, señor autor? Que ya me muero porque vuesa merced vea que no me tomó á carga cerrada.

CHIRINOS.

Cuatro cuerpos de los vuestros no harán un tercio, cuanto más una carga. Si no sois más gran músico que grande, medrados estamos.

RABELÍN.

Ello dirá: que en verdad que me han escrito para entrar en una compañía de partes, por chico que soy.

CHANFALLA.

Si os han de dar la parte á medida del cuerpo, casi será invisible. Chirinos, poco á poco estamos ya en el pueblo; y éstos que aquí vienen deben de ser, como lo son sin duda, el gobernador y los alcaldes: salgámosles al encuentro; y date un filo á la lengua en la piedra de la adulación, pero no despuntes de aguda.

Salen el GOBERNADOR, y BENITO REPOLLO, alcalde; JUAN CASTRADO, regidor, y PEDRO CAPACHO, escribano.

CHANFALLA.

Beso á vuestas mercedes las manos: ¿quién de vuestas mercedes es el gobernador de este pueblo?

GOBERNADOR.

Yo soy el gobernador: ¿qué es lo que queréis, buen hombre?

CHANFALLA.

Á tener yo dos onzas de entendimiento, hubiera echado de ver que esa peripatética y anchurosa presencia no podía ser de otro que del dignísimo gobernador de este honrado pueblo, que con venirlo á ser de las Algarrobillas ¹, lo deseche ² vuesa merced.

¹ Pueblo imaginario. Al menos no figura en el *Diccionario de Madoz*.

² Acaso será «disfrute» por lo que dice luego la Chirinos.

CHIRINOS.

En vida de la señora y de los señoritos, si es que el señor gobernador los tiene.

CAPACHO.

No es casado el señor gobernador.

CHIRINOS.

Para cuando lo sea: que no se perderá nada.

GOBERNADOR.

Y bien, ¿qué es lo que queréis, hombre honrado?

CHIRINOS.

Honrados días viva vuesa merced, que así nos honra: en fin, la encina da bellotas, el pero ¹ peras, la parra uvas, y el honrado honra, sin poder hacer otra cosa.

BENITO.

Sentencia ciceroniana, sin quitar ni poner un punto.

CAPACHO.

Ciceroniana quiso decir el señor alcalde Benito Repollo.

BENITO.

Siempre quiero decir lo que es mejor, sino que las más veces no acierto. En fin, buen hombre, ¿qué queréis?

CHANFALLA.

Yo, señores míos, soy Montiel, el que trae el *Retablo de las maravillas*: hanme enviado á llamar de la corte los señores cofrades de los hospitales; porque no hay autor de comedias en ella, y perecen los hospitales; y con mi ida se remediará todo.

GOBERNADOR.

¿Y qué quiere decir *Retablo de las maravillas*?

CHANFALLA.

Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran, viene á ser llamado Retablo de las maravillas; el cual fabricó y compuso el sabio Tontonelo, debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver las cosas que en él se muestran, que tenga alguna raza de confeso, ó no sea habido y procreado de sus padres de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado de estas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas jamás vistas ni oídas de mi Retablo.

BENITO.

Ahora echo de ver que cada día se ven en el mundo cosas nuevas. Y qué, ¿se llamaba Tontonelo el sabio que el retablo compuso?

CHIRINOS.

Tontonelo se llamaba, nacido en la ciudad de Tontonela: hombre de quien hay fama que le llegaba la barba á la cintura.

¹ Tal vez deba leerse «peral».

BENITO.

Por la mayor parte los hombres de grandes barbas son sabiondos.

GOBERNADOR.

Señor regidor Juan Castrado, yo determino, debajo de su buen parecer, que esta noche se despose la señora Teresa Castrada, su hija, de quien yo soy padrino; y en regocijo de la fiesta quiero que el señor Montiel muestre en vuestra casa su retablo.

JUAN.

Eso tengo yo por servir al señor gobernador, con cuyo parecer me convengo, entablo y arrimo, aunque haya otra cosa en contrario.

CHIRINOS.

La cosa que hay en contrario es que, si no se nos paga primero nuestro trabajo, así verán las figuras como por el cerro de Ubeda. ¿Vuestas mercedes, señores justicias, tienen conciencia y alma en esos cuerpos? Bueno sería que entrase esta noche todo el pueblo en casa del señor Juan Castrado, ó como es su gracia, y viese lo contenido en el tal retablo; y mañana, cuando quisiésemos mostralle al pueblo, no hubiese ánima que le viese: no señores, no señores; *ante omnia* nos han de pagar lo que fuere justo.

BENITO.

Señora autora, aquí no os ha de pagar ninguna Antona, ni ningún Antoño: el señor regidor Juan Castrado os pagará más que honradamente, y si no el concejo: bien conocéis el lugar por cierto: aquí, hermana, no aguardamos á que ninguna Antona pague por nosotros.

CAPACHO.

¡Pecador de mí, señor Benito Repollo, y qué lejos da del blanco! No dice la señora autora que pague ninguna Antona, sino que le paguen adelantado, y ante todas cosas; que eso quiere decir *ante omnia*.

BENITO.

Mirad, escribano Pedro Capacho, haced vos que me hablen á derechas, que yo entenderé á pie llano: vos, que sois leído y escrito, podéis entender esas algarabías de allende, que yo no.

JUAN.

Ahora bien: ¿contentarse ha el señor autor con que yo le dé adelantados media docena de ducados? Y más que se tendrá cuidado que no entre gente del pueblo esta noche en mi casa.

CHANFALLA.

Soy contento, porque yo me fio de la diligencia de vuesa merced y de su buen término.

JUAN.

Pues véngase conmigo; recibirá el dinero, y verá mi casa y la comodidad que hay en ella para mostrar ese retablo.

CHANFALLA.

Vamos; y no se les pase de las mientes las calidades que han de tener los que se atrevieren á mirar el maravilloso retablo.

BENITO.

Á mi cargo queda eso; y séle decir que por mi parte puedo ir seguro á juicio, pues tengo el padre alcalde. Cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo rancioso tengo sobre los cuatro costados de mi linaje: miren si veré el tal retablo.

CAPACHO.

Todos lo pensamos ver, señor Benito Repollo.

JUAN.

No nacimos acá en las malvas, señor Pedro Capacho.

GOBERNADOR.

Todo será menester, según voy viendo, señores alcalde, regidor y escribano.

JUAN.

Vamos, autor, y manos á la obra, que Juan Castrado me llamo, hijo de Antón Castrado y de Juana Macha; y no digo más en abono, y seguro que podré ponerme cara á cara y á pie quedo delante del referido retablo.

CHIRINOS.

Dios lo haga. (*Éntranse JUAN CASTRADO y CHANFALLA.*)

GOBERNADOR.

Señora autora, ¿qué poetas se usan ahora en la corte de fama y rumbo, especialmente de los llamados cómicos? Porque yo tengo mis puntas y collar de poeta, y pícome de la farándula y carátula. Veinte y dos comedias tengo, todas nuevas, que se ven las unas á las otras; y estoy aguardando coyuntura para ir á la corte, y enriquecer con ellas media docena de autores.

CHIRINOS.

Á lo que vuesa merced, señor gobernador, me pregunta de los poetas, no le sabré responder; porque hay tantos que quitan el sol, y todos piensan que son famosos. Los poetas cómicos son los ordinarios y que siempre se usan, y así no hay para qué nombrarlos. Pero dígame vuesa merced, por su vida: ¿Cómo es su buena gracia? ¿Cómo se llama?

GOBERNADOR.

Á mí, señora autora, me llaman el licenciado Gomecillos.

CHIRINOS.

¡Válame Dios! Y qué, ¿vuestra merced es el señor licenciado Gomecillos, el que compuso aquellas coplas tan famosas de *Lucifer estaba malo, y tómale mal de fuera*?

GOBERNADOR.

Malas lenguas hubo, que me quisieron ahijar esas coplas; y así fueron mías, como del Gran Turco. Las que yo compuse, y no lo quiero negar, fueron aquellas que trataron del diluvio

de Sevilla ¹; que puesto que los poetas son ladrones unos de otros, nunca me precié de hurtar nada á nadie: con mis versos me ayude Dios, y hurte el que quisiere.

Vuelve CHANFALLA.

CHANFALLA.

Señores, vuestas mercedes vengan, que todo está á punto, y no falta más que comenzar.

CHIRINOS.

¿Está ya el dinero *in carbona*?

CHANFALLA.

Y aun entre las telas del corazón.

CHIRINOS.

Pues dóite por aviso, Chanfalla, que el gobernador es poeta.

CHANFALLA.

¿Poeta? ¡Cuerpo del mundo! Pues dale por engañado, porque todos los de humor semejante son hechos á la mazacona, gente descuidada, crédula y no nada maliciosa.

BENITO.

Vamos, autor, que me saltan los pies por ver esas maravillas. (*Éntranse todos.*)

Salen JUANA CASTRADA y TERESA REPOLLA, labradoras; la una como desposada, que es la CASTRADA.

CASTRADA.

Aquí te puedes sentar, Teresa Repolla amiga, que tendremos el retablo en frente; y pues sabes las condiciones que han de tener los miradores del retablo, no te descuides, que sería una gran desgracia.

TERESA.

Ya sabes, Juana Castrada, que soy tu prima, y no digo más. Tan cierto tuviera yo el cielo, como tengo cierto ver todo aquello que el retablo mostrare. Por el siglo de mi madre, que me sacase los mismos ojos de mi cara, si alguna desgracia me aconteciese. ¡Bonita soy yo para eso!

CASTRADA.

Sosíégate, prima, que toda la gente viene.

Entran el GOBERNADOR, BENITO REPOLLO, JUAN CASTRADO, PEDRO CAPACHO, el autor y la autora, y el músico, y otra gente del pueblo, y un sobrino de BENITO, que ha de ser aquel gentil-hombre que baila.

CHANFALLA.

Siéntense todos; el retablo ha de estar detrás de este repostero, y la autora también, y aquí el músico.

¹ Este diluvio fué una gran crecida del Guadalquivir, que comenzó el 20 de Diciembre de 1603 y tuvo á Sevilla rodeada de agua algunos días, como dice Ortiz de Zúñiga (*Anales*: Año de 1603). Acerca de él escribiéronse varias relaciones poéticas, como la siguiente: *Quarta relación de el avenida del Rio de Sevilla. Compuesto en octavas muy curiosas por Blas de las Casas vezino de Sevilla. Ympresas con licencia en Sevilla en casa de Francisco Perez, en la calle de Martin | Ceron, junto al veytesyeyatro Diego Nuñez Perez. Año de 1604. En 4.^o; 4 h. sin foliación. Son 46 octavas.*

Hasta 1626 no ocurrió ninguna otra grande avenida de río, ni en los años inmediatamente anteriores á 1603. Del siguiente año es, por consiguiente, el entremés cervantino, aunque ya el autor no residía en Sevilla.

BENITO.

¿Músico es éste? Méntanle también detrás del repostero, que, á truco de no velle, daré por bien empleado el no oille.

CHANFALLA.

No tiene vuesa merced razón, señor alcalde Repollo, de descontentarse del músico, que en verdad que es muy buen cristiano y hidalgo de solar conocido.

GOBERNADOR.

Calidades son bien necesarias para ser buen músico.

BENITO.

De solar bien podrá ser; más de sonar, abrenuncio.

RABELÍN.

Eso se merece el bellaco que se viene á sonar delante de...

BENITO.

Pues, por Dios, que hemos visto aquí sonar á otros músicos tan...

GOBERNADOR.

Quédese esta razón en el *de* del señor Rabel, y en el *tan* del alcalde, que será proceder en infinito, y el señor Montiel comience su obra.

BENITO.

Poca balumba trae este autor para tan gran retablo.

JUAN.

Todo debe de ser de maravillas.

CHANFALLA.

Atención, señores, que comienzo: «¡Oh, tú, quien quiera que fuiste, que fabricaste este *Retablo* con tan maravilloso artificio, que alcanzó renombre de *las maravillas*; por la virtud que en él se encierra, te conjuro, apremio y mando que luego, incontinentemente, muestres á estos señores algunas de las tus maravillosas maravillas, para que se regocijen y tomen placer, sin escándalo alguno! Ea, que ya veo que has otorgado mi petición, pues por aquella parte asoma la figura del valentísimo Sansón, abrazado con las columnas del templo para derriballe por el suelo, y tomar venganza de sus enemigos. ¡Tente, valeroso caballero, tente por la gracia de Dios Padre, no hagas tal desaguisado, porque no cojas debajo y hagas tortilla tanta y tan noble gente como aquí se ha juntado!»

BENITO.

¡Téngase, cuerpo de tal, conmigo! Bueno sería que en lugar de habernos venido á holgar, quedásemos aquí hechos plasta. ¡Téngase, señor Sansón, pesía á mis males!, que se lo ruegan buenos.

CAPACHO.

¿Veisle vos, Castrado?

JUAN.

¿Pues no le había de ver? ¿Tengo yo los ojos en el colodrillo?

CAPACHO.

Milagroso caso es éste; así veo yo á Sansón ahora, como el Gran Turco, pues en verdad que me tengo por legítimo y cristiano viejo.

CHIRINOS.

¡Guárdate, hombre, que sale el mismo toro que mató al ganapán en Salamanca! ¡Échate, hombre; échate, hombre. Dios te libre, Dios te libre!

CHANFALLA.

¡Échense todos, échense todos! ¡Ucho ho!, ucho ho, ucho ho! (*Échense todos y alborótanse.*)

BENITO.

El diablo lleva en el cuerpo el torillo; sus partes tiene de hosco y de bragado; si no me tiendo, me lleva de vuelo.

JUAN.

Señor autor, haga, si puede, que no salgan figuras que nos alboroten; y no lo digo por mí, sino por estas mochachas, que no les ha quedado gota de sangre en el cuerpo, de la ferocidad del toro.

CASTRADA.

¿Y cómo, padre? No pienso volver en mí en tres días; ya me vi en sus cuernos, que los tiene agudos como una lesna.

JUAN.

No fueras tú mi hija y no lo vieras.

GOBERNADOR.

Basta, que todos ven lo que yo no veo; pero al fin habré de decir que lo veo, por la negra honrilla.

CHIRINOS.

Esa manada de ratones que allá va, diciendo por línea recta de aquellos que se criaron en el arca de Noé; de ellos son blancos, de ellos albarazados, de ellos jaspeados y de ellos azules, y, finalmente, todos son ratones.

CASTRADA.

¡Jesús!, ¡ay de mí! Ténganme, que me arrojaré por aquella ventana! ¿Ratones? ¡Desdichada! Amiga, apriétate las faldas, y mira no te muerdan; y monta que son pocos, por el siglo de mi abuela, que pasan de milenta.

REPOLLA.

Yo sí soy la desdichada, porque se me entran sin reparo ninguno. Un ratón morenico me tiene asida de una rodilla. ¡Socorro venga del cielo, pues en la tierra me falta!¹

¹ Estos dos versos

Socorro venga del cielo,
pues en la tierra me falta,

parecen tomados de un romance.

BENITO.

Aun bien que tengo gregüescos, que no hay ratón que se me entre, por pequeño que sea.

CHANFALLA.

Esta agua que con tanta priesa se deja descolgar de las nubes, es de la fuente que da origen y principio al río Jordán; toda mujer á quien tocare en el rostro, se le volverá como de plata bruñida, y á los hombres se les volverán las barbas como de oro.

CASTRADA.

¿Oyes, amiga? Descubre el rostro, pues ves lo que te importa. ¡Oh, qué licor tan sabroso! Cúbrase, padre, no se moje.

JUAN.

Todos nos cubrimos, hija.

BENITO.

Por las espaldas me ha calado el agua hasta la canal maestra.

CAPACHO.

Yo estoy más seco que un esparto.

GOBERNADOR.

¿Qué diablos puede ser esto, que aún no me ha tocado una gota donde todos se ahogan? Mas, ¿si viniera yo á ser bastardo entre tantos legítimos?

BENITO.

Quítanme de allí aquel músico, si no, voto á Dios, que me vaya sin ver más figura. ¡Válgate el diablo por músico aduendado, y que hace de menudear sin cftola y sin són!

RABELÍN.

Señor alcalde, no tome conmigo la hinchá, que yo toco como Dios ha sido servido de enseñarme.

BENITO.

¿Dios te había de enseñar, sabandija? Métete tras la manta, si no, por Dios que te arroje este banco.

RABELÍN.

El diablo creo que me ha traído á este pueblo.

CAPACHO.

Fresca es el agua del santo río Jordán; y aunque me cubrí lo que pude, todavía me alcanzó un poco en los bigotes; y apostaré que los tengo rubios como un oro.

BENITO.

Y aun peor cincuenta veces.

CHIRINOS.

Allá van hasta dos docenas de leones rampantes y de osos colmeneros. Todo viviente se guarde, que aunque fantásticos, no dejarán de dar alguna pesadumbre, y aun de hacer las fuerzas de Hércules, con espadas desenvainadas.

JUAN.

¡Ea, señor autor, cuerpo de nosla! ¿Y agora nos quiere llenar la casa de osos y de leones?

BENITO.

¡Mirad qué ruiseñores y calandrias nos envía Tontonelo, sino leones y dragones! Señor autor, ó¹ salgan figuras más apacibles, ó aquí nos contentamos con las vistas; y Dios le guíe, y no pare más en el pueblo un momento.

CASTRADA.

Señor Benito Repollo, deje salir ese oso y leones, siquiera por nosotras, y recibiremos mucho contento.

JUAN.

Pues, hija, de antes te espantabas de los ratones, ¿y agora pides osos y leones?

CASTRADA.

Todo lo nuevo aplace, señor padre.

CHIRINOS.

Esa doncella que agora se muestra tan galana y tan compuesta, es la llamada Herodías, cuyo baile alcanzó en premio la cabeza del Precursor de la vida: si hay quien la ayude á bailar, verán maravillas.

BENITO.

¡Esta sí, cuerpo del mundo, que es figura hermosa, apacible y reluciente! ¡Hi de puta, y cómo que se vuelve la mochacha! Sobrino Repollo, tú que sabes de achaque de castañetas, ayúdala, y será la fiesta de cuatro capas.

SOBRINO.

Que me place, tío Benito Repollo. (*Tocan la zarabanda.*)

CAPACHO.

¡Toma mi abuelo, si es antiguo el baile de la zarabanda y de la chacona!

BENITO.

¡Ea, sobrino, ténselas tiesas á esa bellaca jodía!; pero si esta es jodía, ¿cómo ve estas maravillas?

CHANFALLA.

Todas las reglas tienen excepción, señor alcalde.

(*Suena una trompeta ó corneta dentro del teatro, y entra un FURRIER de compañías.*)

FURRIER.

¿Quién es aquí el señor gobernador?

GOBERNADOR.

Yo soy: ¿qué manda vuesa merced?

FURRIER.

Que luego al punto mande hacer alojamiento para treinta hombres de armas que llegarán aquí dentro de media hora, y aun antes, que ya suena la trompeta; y adiós. (*Váse.*)

BENITO.

Yo apostaré que los envía el sabio Tontonelo.

¹ En el texto de 1615 hay *y* en vez de *o*.

CHANFALLA.

No hay tal, que esta es una compañía de caballos que estaba alojada dos leguas de aquí.

BENITO.

Ahora yo conozco bien á Tontonelo, y sé que vos y él sois unos grandísimos bellacos, no perdonando al músico; y mirá que os mando que mandéis á Tontonelo no tenga atrevimiento de enviar estos hombres de armas, que le haré dar docientos azotes en las espaldas, que se vean unos á otros.

CHANFALLA.

Digo, señor alcalde, que no los envía Tontonelo.

BENITO.

Digo que los envía Tontonelo, como ha enviado las otras sabandijas que yo he visto.

CAPACHO.

Todos las habemos visto, señor Benito Rollo.

BENITO.

No digo yo que no, señor Pedro Capacho.—No toques más, músico de entre sueños, que te romperé la cabeza.

Vuelve el FURRIER.

FURRIER.

Ea, ¿está ya hecho el alojamiento, que ya están los caballos en el pueblo?

BENITO.

¿Qué?, ¿todavía ha salido con la suya Tontonelo? Pues yo os voto á tal, autor de humos y de emblecos, que me lo habéis de pagar.

CHANFALLA.

Séanme testigos que me amenaza el alcalde.

CHIRINOS.

Séanme testigos que dice el alcalde que lo que manda su majestad lo manda el sabio Tontonelo.

BENITO.

¡Atontonelada te vean mis ojos, plega á Dios todopoderoso!

GOBERNADOR.

Yo, para mí, tengo que verdaderamente estos hombres de armas no deben de ser de burlas.

FURRIER.

¿De burlas habían de ser, señor gobernador? ¿Está en su seso?

JUAN.

Bien pudieran ser atontonelados; como esas cosas habemos visto aquí. Por vida del autor, que haga salir otra vez á la doncella Herodías, porque vea este señor lo que nunca ha visto: quizá con esto le cohecharemos para que se vaya presto del lugar.

CHANFALLA.

Eso en buen hora; y veisla aquí á do vuelve, y hace de señas á su bailaror á que de nuevo le ayude.

SOBRINO.

Por mí no quedará, por cierto.

BENITO.

Eso sí, sobrino, cánsala, cánsala: vueltas y más vueltas: ¡vive Dios, que es un azogue la muchacha! ¡Al hoyo, al hoyo: á ello, á ello!

FURRIER.

¿Está loca esta gente? ¿Qué diablos de doncella es esta y qué baile y qué Tontonelo?

CAPACHO.

¿Luego no ve la doncella herodiana el señor furrier?

FURRIER.

¿Qué diablos de doncella tengo de ver?

CAPACHO.

Basta: ¡de *ex illis est!*

GOBERNADOR.

¡De *ex illis est, de ex illis est!*

JUAN.

¿De ellos es, de ellos el señor furrier; de ellos es!

FURRIER.

Soy de la mala puta que los parió; y por Dios vivo, que si echo mano á la espada, que los haga salir por las ventanas, que no por la puerta.

CAPACHO.

Basta: ¡de *ex illis est!*

BENITO.

Basta; de ellos es, pues no ve nada.

FURRIER.

¡Canalla barretina!; si otra vez me dicen que soy de ellos, no les dejaré hueso sano.

BENITO.

Nunca los confesos ni bastardos fueron valientes; y por eso no podemos dejar de decir: ¡de ellos es, de ellos es!

FURRIER.

¡Cuerpo de Dios con los villanos!: esperad.

(Mete mano á la espada, y acuchillase con todos; y el alcalde aporrea al RABELEJO; y la CHIRINOS decuelga la manta y dice):

CHIRINOS.

El diablo ha sido la trompeta y la venida de los hombres de armas: parece que los llamaron con campanilla.

CHANFALLA.

El suceso ha sido extraordinario: la virtud del retablo se queda en su punto: y mañana lo podemos mostrar al pueblo; y nosotros mismos podemos cantar el triunfo de esta batalla diciendo: ¡vivan Chirinos y Chanfalla!

7

VII. — Entremés de la Cueva de Salamanca.

Salen PANCRACIO, LEONARDA y CRISTINA.

PANCRACIO.

Enjugad, señora, esas lágrimas, y poned pausa á vuestros suspiros, considerando que cuatro días de ausencia no son siglos: yo volveré, á lo más largo, á las cinco, si Dios no me quita la vida; aunque será mejor, por no turbar la vuestra, romper mi palabra, y dejar esta jornada; que sin mi presencia se podrá casar mi hermana.

LEONARDA.

No quiero yo, mi Pancracio y mi señor, que por respeto mío vos parecáis descortés: id en hora buena y cumplid con vuestras obligaciones, pues las que os llevan son precisas; que yo me apretaré con mi llaga, y pasaré mi soledad lo menos mal que pudiere. Sólo os encargo la vuelta, y que no paséis del término que habéis puesto. Tenme, Cristina, que se me aprieta el corazón. *(Desmáyase LEONARDA.)*

CRISTINA.

¡Oh, que bien hayan las bodas y las fiestas! En verdad, señor, que si yo fuera que vuesa merced, que nunca allá fuera.

PANCRACIO.

Entra, hija, por un vidrio de agua para echársela en el rostro; mas espera, dilete unas palabras que sé, al oído, que tienen virtud para hacer volver de los desmayos. *(Dilete las palabras, vuelve LEONARDA diciendo):*

LEONARDA.

Basta; ello ha de ser forzoso; no hay sino tener paciencia, bien mío; cuanto más os detuviéredes, más dilatáis mi contento. Vuestro compadre Leoniso os debe de aguardar ya en el coche; andad con Dios, que él os vuelva tan presto y tan bueno como yo deseo.

PANCRACIO.

Mi ángel: si gustas que me quede, no me moveré de aquí más que una estatua.

LEONARDA.

No, no, descanso mío; que mi gusto está en el vuestro; y por agora más que os vais, que no os quedéis, pues es vuestra honra la mía.

CRISTINA.

¡Oh, espejo del matrimonio! Á fe que si todas las casadas quisiesen tanto á sus maridos como mi señora Leonarda quiere al suyo, que otro gallo les cantase.

LEONARDA.

Entra, Cristinica, y saca mi manto, que quiero acompañar á tu señor hasta dejarle en el coche.

PANCRACIO.

No, por mi amor; abrazadme y quedaos, por vida mía. Cristinica, ten cuenta de regalar á tu señora, que yo te mando un calzado cuando vuelva, como tú lo quisieres.

CRISTINA.

Vaya, señor, y no lleve pena de mi señora; porque la pienso persuadir de manera á que nos holguemos, que no imagine en la falta que vuesa merced le ha de hacer.

LEONARDA.

¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la cuenta, niña! Porque ausente de mi gusto no se hicieron los placeres, ni las glorias para mí: penas y dolores sí ¹.

PANCRACIO.

Ya no lo puedo sufrir; quedad en paz, lumbré de estos ojos, los cuales no verán cosa que les dé placer hasta volveros á ver. *(Entrase PANCRACIO.)*

LEONARDA.

¡Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz; vayas y no vuelvas; la ida del humo; por Dios que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos!

CRISTINA.

Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEONARDA.

¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRISTINA.

¿Pues no? Ya los tengo avisados; y ellos están tan en ello, que esta tarde enviarán ² con la lavandera nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el rey el Jueves Santo á sus pobres, sino que la canasta es de Pascua; porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco y dos capones, que aún no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora, y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que trasciende.

LEONARDA.

Es muy cumplido y lo fué siempre mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

CRISTINA.

¿Pues qué le falta á mi maese Nicolás, barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido?

¹ Este pasaje debe de recordar alguna poesía que dijese así:

Porque, ausente de mi gusto,
no se hicieron los placeres
ni las glorias para mí:
penas y dolores, sí.

² Así en el texto de 1615. Pero creo que será *enviaron*.

LEONARDA.
¿Pusiste la canasta en cobro?

CRISTINA.
En la cocina la tengo, cubierta con un cer-
nadero, por el disimulo.

(Llama á la puerta el ESTUDIANTE Carraolano, y en llama-
do, sin esperar que le respondan, entra.)

LEONARDA.
Cristina, mira quién llama.

ESTUDIANTE.
Señoras, yo soy, un pobre estudiante.

CRISTINA.
Bien se os parece que sois pobre y estu-
diente, pues lo uno muestra vuestro vestido,
y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa
extraña es ésta, que no hay pobre que espere
á que le saquen la limosna á la puerta, sino
que se entran en las casas hasta el último rin-
cón, sin mirar si despiertan á quien duerme ó
si no!

ESTUDIANTE.
Otra más blanda respuesta esperaba yo de
la buena gracia de vuesa merced; cuanto más
que yo no quería ni buscaba otra limosna, sino
alguna caballeriza ó pajar donde defenderme
esta noche de las inclemencias del cielo, que,
según se me trasluce, parece que con grandí-
simo rigor á la tierra amenazan.

LEONARDA.
¿Y de dónde bueno sois, amigo?

ESTUDIANTE.
Salmantino soy, señora mía; quiero decir
que soy de Salamanca. Iba á Roma con un tío
mío, el cual murió en el camino, en el corazón
de Francia; vine solo; determiné volverme á
mi tierra; robáronme los lacayos ó compañe-
ros de Roque Guinarde, en Cataluña, porque
él estaba ausente; que á estar allí no consin-
tiera que se me hiciera agravio, porque es
muy cortés y comedido, y, además limosne-
ro: hame tomado á estas santas puertas la no-
che, que por tales las juzgo, y busco mi re-
medio.

LEONARDA.
En verdad, Cristina, que me ha movido á
lástima el estudiante.

CRISTINA.
Ya me tiene á mí rasgadas las entrañas; ten-
gámosle en casa esta noche, pues de las sobras
del castillo se podrá mantener el real; quiero
decir que en las reliquias de la canasta habrá
en quien adore¹ su hambre; y más que me
ayudará á pelar la volatería que viene en la
cesta.

LEONARDA.
¿Pues cómo, Cristina, quieres que metamos
en nuestra casa testigos de nuestras livian-
dades?

¹ Adore en el texto de 1615. Benjumea corrigió adobe.

CRISTINA.
Así tiene el talle de hablar por la boca como
por el colodrillo¹.—Venga acá, amigo. ¿Sabe
pelar?

ESTUDIANTE.
¿Cómo si sé pelar? No entiendo eso de saber
pelar, si no es que quiere vuesa merced mo-
tejarme de pelón: que no hay para qué, pues
yo me confieso por el mayor pelón del mundo.

CRISTINA.
No lo digo yo por eso, en mi ánima, sino
por saber si sabía pelar dos ó tres pares de
caponos.

ESTUDIANTE.
Lo que sabré responder es que yo, señoras,
por la gracia de Dios, soy graduado de bachi-
ller por Salamanca, y no digo...

LEONARDA.
De esa manera, ¿quién duda sino que sabrá
pelar, no sólo caponos, sino gansos y abutar-
das? Y en esto del guardar secreto, ¿cómo le
va? ¿Y á dicha es tentado de decir todo lo que
ve, imagina ó siente?

ESTUDIANTE.
Así pueden matar delante de mí más hom-
bres que carneros en el rastro, que yo des-
plegue mis labios para decir palabra alguna.

CRISTINA.
Pues atúrese esa boca, y cósase esa lengua
con una agujeta de dos cabos, y amuélese esos
dientes y éntrese con nosotras, y verá miste-
rios y cenará maravillas, y podrá medir en un
pajar los pies que quisiere para su cama.

ESTUDIANTE.
Con siete tendré demasiado, que no soy
nada codicioso ni regalado. (Entran el SACRISTÁN
REPONCE y el BARBERO.)

SACRISTÁN.
¡Oh, que en hora buena estén los Autome-
dones y guías de los carros de nuestros gustos,
las luces de nuestras tinieblas y las dos reci-
procas voluntades que sirven de basas y colum-
nas á la amorosa fábrica de nuestros deseos!

LEONARDA.
Esto sólo me enfada de él, Reponce mío;
habla por tu vida á lo moderno y de modo que
te entienda, y no te encarames donde no te
alcance.

BARBERO.
Eso tengo yo bueno, que hablo más llano
que una suela de zapato: pan por vino y vino
por pan, ó como suele decirse.

SACRISTÁN.
Sí; que diferencia ha de haber de un sacris-
tán gramático á un barbero² romancista.

¹ En la ed. de 1615 dice... por el col. como por la boca.
² En la edic. de 1615, «beylero».

Leonarda que en la venta; porque la dejé esta
tarde casi para expirar del sentimiento de
mi partida.

COMPADRE.
¡Gran mujer! De buena¹ os ha dado el cielo,
señor compadre; dadle gracias por ello.

PANCRACIO.
Yo se las doy como puedo, y no como debo.
No hay Lucrecia que se [le] llegue, ni Porcia
que se le iguale. La honestidad y el recog-
imiento han hecho en ella su morada.

COMPADRE.
Si la mía no fuera celosa, no tenía yo más
que desear. Por esta calle está más cerca mi
casa. Tomad, compadre, por éstas y estaréis
presto en la vuestra; y veámonos mañana, que
no me faltará coche para la jornada. Adiós.

PANCRACIO.
Adiós. (Éntranse los dos.)

Vuelven á salir el SACRISTÁN y el BARBERO, con sus gita-
rras, LEONARDA, CRISTINA y el ESTUDIANTE. Sale el SA-
CRISTÁN con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando
al són de su misma guitarra, y á cada cabriola vaya di-
ciendo estas palabras:

SACRISTÁN.
¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo
amor!²

CRISTINA.
Señor sacristán Reponce, no es este tiempo
de danzar; dése orden en cenar y en las demás
cosas, y quédense las danzas para mejor co-
yuntura.

SACRISTÁN.
¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo
amor!

LEONARDA.
Déjale, Cristina, que en extremo gusto de
ver su agilidad.

(Llama PANCRACIO á la puerta y dice):

PANCRACIO.
Gente dormida, ¿no oís? ¿Cómo y tan tem-
prano tenéis atrancada la puerta? Los recatos
de mi Leonarda deben de andar por aquí.

LEONARDA.
¡Ay, desdichada! Á la voz y á los golpes, mi
marido Pancracio es este; algo le debe de ha-
ber sucedido, pues él se vuelve. Señores, á
recogerse á la carbonera; digo, al desván,
donde está el carbón. Corre, Cristina, y lléva-
los, que yo entretendré á Pancracio de modo
que tengas lugar para todo.

ESTUDIANTE.
¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor
amor!

¹ Tal vez deba leerse: «De las buenas».
² Forman dos versos:

Linda noche, lindo rato,
linda cena y lindo amor.

CRISTINA.
Para lo que yo he menester á mi barbero,
tanto latín sabe y aun más que supo Antonio
de Nebrija; y no se dispute agora de ciencia,
ni de modos de hablar, que cada uno habla, si
no como debe, á lo menos como sabe; y en-
trémonos, y manos á [la] labor, que hay mucho
que hacer.

ESTUDIANTE.
Y mucho que pelar.

SACRISTÁN.
¿Quién es este buen hombre?

LEONARDA.
Un pobre estudiante salamanquero que pide
albergó para esta noche.

SACRISTÁN.
Yo le daré un par de reales para cena y para
lecho, y váyase con Dios.

ESTUDIANTE.
Señor sacristán Reponce, recibo y agradezco
la merced y la limosna; pero yo soy mudo y
pelón además como lo ha menester esta señora
doncella, que me tiene convidado; y voto á.....
de no irme esta noche de esta casa, si todo el
mundo me lo manda. Confíese vuesa merced,
mucho de en hora mala, de un hombre de mis
prendas que se contenta de dormir en un pa-
jar; y si lo han por sus capones, péleselos el tur-
co y cómanselos ellos y nunca del cuero les
salgan.

BARBERO.
Este más parece rufián que pobre. Talle tie-
ne de alzarse con toda la casa.

CRISTINA.
No medre yo, si no me contenta el brío.
Entrémonos todos, y demos orden en lo que
se ha de hacer, que el pobre pelará y callará
como en misa.

ESTUDIANTE.
Y aun como en vísperas.

SACRISTÁN.
Puesto me ha miedo el pobre estudiante; yo
apostaré que sabe más latín que yo.

LEONARDA.
De ahí le deben de nacer los bríos que tiene;
pero no te pese, amigo, de hacer caridad, que
vale para todas las cosas. (Éntranse todos.)
Y sale LEONISO, compadre de PANCRACIO, y PANCRACIO.

COMPADRE.
Luego lo vi yo que nos había de faltar la rue-
da; no hay cochero que no sea temático. Si él
rodeara un poco y salvara aquel barranco, ya
estuviéramos dos leguas de aquí.

PANCRACIO.
Á mí no se me da nada, que antes gusto de
volverme y pasar esta noche con mi esposa

CRISTINA.

¡Gentil relente, por cierto! Ea, vengan todos.

PANCRACIO.

¿Qué diablos es esto! ¿Cómo no me abris, lirones?

ESTUDIANTE.

Es el toque, que yo no quiero correr la suerte de estos señores; escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme á mí al pajar, que si allí me hallan, antes pareceré pobre que adúltero.

CRISTINA.

Caminen, que se hunde la casa á golpes.

SACRISTÁN.

El alma llevo en los dientes.

BARBERO.

Y yo en los carcañares.

(Éntranse todos, y asímase LEONARDA á la ventana.)

LEONARDA.

¿Quién está ahí? ¿Quién llama?

PANCRACIO.

Tu marido soy, Leonarda mía; ábreme, que ha media hora que estoy rompiendo á golpes estas puertas.

LEONARDA.

En la voz bien me parece á mí que oigo á mi cepo Pancracio; pero la voz de un gallo se parece á la de otro gallo, y no me aseguro.

PANCRACIO.

¡Oh, recato inaudito de mujer prudente! Que yo soy, vida mía, tu marido Pancracio. Ábreme con toda seguridad.

LEONARDA.

Venga acá, yo lo veré agora. ¿Qué hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANCRACIO.

Suspiraste, lloraste y al cabo te desmayaste.

LEONARDA.

Verdad; pero con todo esto, dígame: ¿qué señales tengo yo en uno de mis hombros?

PANCRACIO.

En el izquierdo tienes un lunar del grandor de medio real, con tres cabellos como tres mil hebras de oro.

LEONARDA.

Verdad; pero ¿cómo se llama la doncella de casa?

PANCRACIO.

¡Ea, boba, no seas enfadosa! Cristinica se llama; ¿qué más quieres?

LEONARDA¹.

Cristinica, Cristinica, tu señor es; ábrele, niña.

¹ En la edic. de 1615 falta el nombre de Leonarda.

CRISTINA.

Ya voy, señora; que él sea muy bien venido. ¿Qué es esto, señor de mi alma? ¿Qué acelerada vuelta es esta?

LEONARDA.

¡Ay, bien mío! Decídnoslo presto; que el temor de algún mal suceso me tiene ya sin pulsos.

PANCRACIO.

No ha sido otra cosa, sino que en un barranco se quebró la rueda del coche; y mi compadre y yo determinamos volvernos y no pasar la noche en el campo; y mañana buscaremos en qué ir, pues hay tiempo. Pero, ¿qué voces hay?

(Dentro y como de muy lejos, diga el ESTUDIANTE):

ESTUDIANTE.

Ábranme aquí, señores, que me ahogo.

PANCRACIO.

¿Es en casa ó en la calle?

CRISTINA.

Que me maten si no es el pobre estudiante que encerré en el pajar para que durmiese esta noche.

PANCRACIO.

¿Estudiante encerrado en mi casa y en mi ausencia? ¡Malo! En verdad, señora, que si no me tuviera asegurado vuestra mucha bondad, que me causara algún recelo este encerramiento. Pero ve, Cristina, y ábrele, que se le debe de haber caído toda la paja á cuestras.

CRISTINA.

Ya voy.

LEONARDA.

Señor, que es un pobre salamanqueso que pidió que le acogiésemos esta noche por amor de Dios, aunque fuese en el pajar; y ya sabes mi condición, que no puedo negar nada de lo que se me pide, y encerrámosle; pero vesle aquí, y mirad cual sale.

Sale el ESTUDIANTE y CRISTINA; él lleno de paja las barbas, cabeza y vestido.

ESTUDIANTE.

Si yo no tuviera tanto miedo, y fuera menos escrupuloso, yo hubiera excusado el peligro de ahogarme en el pajar y hubiera cenado mejor, y tenido más blanda y menos peligrosa cama.

PANCRACIO.

¿Y quién os había de dar, amigo, mejor cena y mejor cama?

ESTUDIANTE.

¿Quién? Mi habilidad; sino que el temor de pues la justicia me tiene atadas las manos.

PANCRACIO.

Peligrosa habilidad debe de ser la vuestra, os teméis de la justicia.

ESTUDIANTE.

La ciencia que aprendí en la Cueva de Sala-

manca, de donde yo soy natural, si se dejara usar sin miedo de la santa Inquisición, yo sé que cenara y recenara á costa de mis herederos; y aun quizá no estoy muy fuera de usalla, siquiera por esta vez, donde la necesidad me fuerza y me disculpa; pero no sé yo si estas señoras serán tan secretas como yo lo he sido.

PANCRACIO.

No se cure de ellas, amigo, sino haga lo que quisiere, que yo les haré que callen; y ya desseo en todo extremo ver alguna de estas cosas que dicen que se aprenden en la Cueva de Salamanca.

ESTUDIANTE.

¿No se contentará vuesa merced con que le saque aquí dos demonios en figuras humanas, que traigan á cuestras una canasta llena de cosas fiambres y comederas?

LEONARDA.

¿Demonios en mi casa y en mi presencia? ¡Jesús!, librada sea yo de lo que librarme no sé.

CRISTINA.

El mismo diablo tiene el estudiante en el cuerpo. ¡Plega á Dios que vaya á buen viento esta parva! Temblándome está el corazón en el pecho.

PANCRACIO.

Ahora bien; si ha de ser sin peligro y sin espantos, yo me holgaré de ver esos señores demonios y á la canasta de las fiambresas; y torno á advertir que las figuras no sean espantosas.

ESTUDIANTE.

Digo que saldrán en figura del sacristán de la parroquia y en la de un barbero su amigo.

CRISTINA.

¿Mas que lo dice por el sacristán Reponce y por maese Roque, el barbero de casa? ¡Desdichados dellos, que se han de ver convertidos en diablos! Y dígame, hermano: ¿y estos han de ser diablos bautizados?

ESTUDIANTE.

¡Gentil novedad! ¿Adónde diablos hay diablos bautizados? Ó ¿para qué se han de bautizar los diablos? Aunque podrá ser que éstos lo fuesen, porque no hay regla sin excepción; y apártense y verán maravillas.

LEONARDA.

¡Ay, sin ventura! Aquí se descosen: aquí salen nuestras maldades á plaza; aquí soy muerta.

CRISTINA.

Ánimo, señora, que buen corazón quebranta mala ventura.

ESTUDIANTE.

Vosotros, mezquinos, que en la carbonera hallásteis amparo á vuestra desgracia, salid, y en los hombros, con priesa y con gracia, sacad la canasta de la fiambra. No me incitéis á que de otra manera

más dura os conjure; salid, ¿qué esperáis? Mirad, que si á dicha, el salir rehusáis, tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Ora bien; yo sé cómo me tengo de haber con estos demonios humanos. Quiero entrar allá dentro, y á solas hacer un conjuro tan fuerte que los haga salir más que de paso; aunque la calidad de estos demonios más está en sabellos aconsejar que en conjurallos. *(Éntrase el ESTUDIANTE.)*

PANCRACIO.

Yo digo que si éste sale con lo que ha dicho, que será la cosa más nueva y más rara que se haya visto en el mundo.

LEONARDA.

Sí, saldrá, ¿quién lo duda? ¿Pues habíamos de engañar?

CRISTINA.

Ruido anda allí dentro; yo apostaré que los saca. Pero ve aquí do vuelve con los demonios y el apatusco de la canasta.

LEONARDA.

¡Jesús, qué parecidos son los de la carga al sacristán Reponce y al barbero de la plazuela!

CRISTINA.

Mira, señora, que donde hay demonios no se ha de decir Jesús.

SACRISTÁN.

Digan lo que quisieren, que nosotros somos como los perros del herrero, que dormimos al són de las martilladas; ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEONARDA.

Lléguense á que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen menos.

ESTUDIANTE.

Yo haré la salva y empezaré por el vino. *(Bebe.)* Bueno es. ¿Es de Esquivias, señor sacridiablo?

SACRISTÁN.

De Esquivias es, juro á...

ESTUDIANTE.

Téngase, por vida suya, y no pase adelante. ¡Amiguito soy yo de diablos juradores! Demonico, demonico: aquí no venimos á hacer pecados mortales, sino á pasar una hora de pasatiempo y cenar y irnos con Cristo.

CRISTINA.

¿Y éstos han de cenar con nosotros?

PANCRACIO.

Sí, ¿qué, los diablos no comen?

BARBERO.

Sí, comen algunos, pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

CRISTINA.

¡Ay, señores! Quédense acá los pobres diablos, pues han traído la cena; que sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y pa-